



El Otro Lado de la Rosa

Daniel Hernando Pineda Cortés
11361816940

Universidad Antonio Nariño
Programa Artes Plásticas y Visuales
Facultad de Arte
Bogotá, Colombia
2023

DANIEL PINEDA CORTÉS

EL OTRO LADO DE LA ROSA

EDITORIAL WRITERS BOOK COMPANY

TABLA DE CONTENIDO

Agradecimientos	9
Introducción	11
Identidad/ Raíz	15
Espejo/ Tallo	21
El Maligno/ Pedúnculo	31
Dolor/ Hipantio	37
Mujer/ Ovario	41
Protección/ Espina	47
Dani/ Capullo	53
Sociedad/ Estigma	57
Sépalo/ Morbo	65
Biología/ Estambre	67
Pétalos/ Sirena	75
Conclusiones	79
Bibliografía	83

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar a mi familia. A mi madre por su apoyo y amor; sin su ayuda este proyecto no habría rendido frutos. A mi padre cuyas preciosas manos y ayuda han estado presentes en cada uno de los proyectos que me han traído hasta aquí. Los amo profundamente. Gracias por creer siempre en mí y por hacer de cada sueño una realidad.

A mis maestros, en especial a mi directora Gigiola Cáceres, quien vio un gran potencial en mi trabajo y nunca permitió que desistiera de él. Con su tutoría y comprensión lograron hacer de este germen la más bella construcción.

INTRODUCCIÓN

El otro lado de la Rosa es un proyecto de creación en artes plásticas y visuales. Presenta una instalación compuesta por imágenes fotográficas y algunos objetos que aluden al reconocimiento de una identidad en transformación. Esta identidad tiene una relación estrecha con la vulnerabilidad y la intimidad del ser humano en donde la rosa es símbolo del cuerpo y de la vida.

La reflexión propone un estudio morfológico de la flor, dividido en once fragmentos que enuncian de manera metafórica y poética, un cuerpo divergente que se enuncia a través de sus emociones, miedos y deseos.

Cada parte de la rosa presenta un fragmento asociado a una parte de la identidad de la artista; allí se reconocen aspectos de su vida social e íntima, entre ellas su cuerpo y apariencia como parte de una identidad frágil y sensible que

busca transformarse día a día gracias a la fuerza potente que la hace florecer.

El proyecto propone crear un espacio poético seguro para estas identidades, permitiéndoles ser sí mismas, construyéndose y deconstruyéndose las veces que sean necesarias.

IDENTIDAD/ RAÍZ

La identidad es una inscripción que generamos no solo en nuestro cuerpo, sino también, en nuestra personalidad. Es aquella cualidad que nos diferencia del otro y que, a su vez, nunca será estática pues la identidad es cambiante y transitoria. En este sentido es correcto reconocer que todo sujeto es hasta cierto punto Trans, pues estamos en un cambio constante y eso significa una transición.

Ineludiblemente hablar de identidad es hablar de performance y más cuando la relacionamos con el género; para Butler el performance es un conjunto de actos repetidos en el contexto de un marco regulador que se fija a través del tiempo para generar una apariencia de un ser “natural”, en otras palabras, el performance se convierte en un ritual y en una actuación de representaciones, estereotipos y roles que están establecidos socialmente.

Alejarse de estos presaberes comprendidos desde la identidad de género, resulta cada vez más complejo, pues la construcción del cuerpo está ampliamente relacionada con la cultura. Por más que deseemos cambiar nuestra realidad estaremos cayendo siempre en estándares y adoctrinamientos culturales, en esto podemos comprender que el deseo refleja o expresa el género/identidad, mientras el género/identidad refleja el deseo, y aún así ambos pueden estar inmersos en la impronta de la culturalidad.

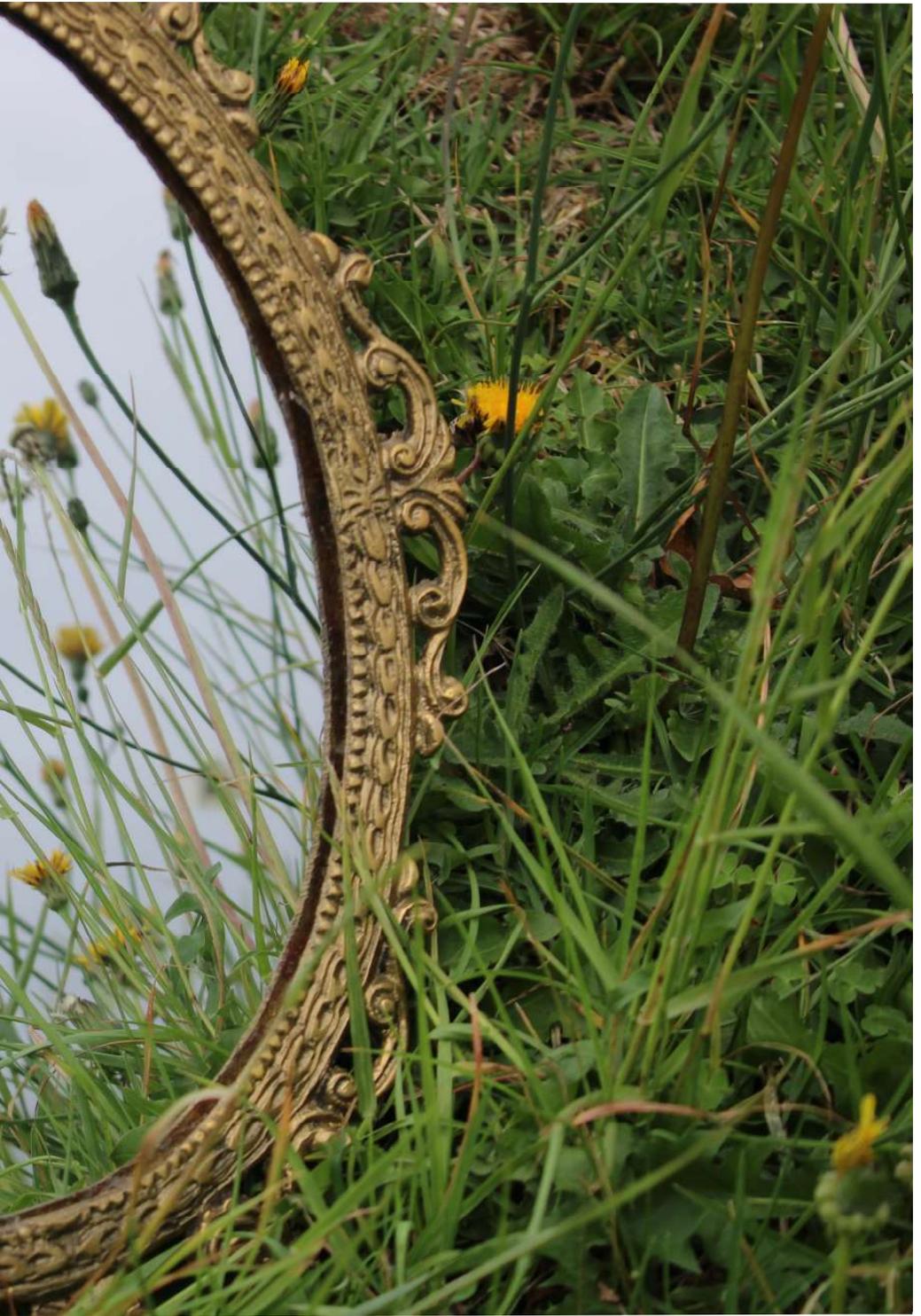
Una gran exponente de lo que puede significar una multiplicidad de identidades es el trabajo de la artista Claude Cahun. Desde su arte ella expone la androginia y la identidad ambigua; en el cambio de su nombre y cómo lo reconoce Francois Leperlier es un cambiar de máscara, obtener y ser una diversidad de identidades, corporalidades, expresiones, un sujeto multifacético que acumula un sin fin de lógicas, pero sin llegar totalmente a una “identidad verdadera”. Muchas de sus imágenes han sugerido lo que podemos reconocer

como una desnaturalización del cuerpo.

Toda identidad que no se adapta a las reglas de inteligibilidad cultural se manifiestan o entienden como defectos del desarrollo. Con esto podemos comprender la identidad y a su vez el género como una complejidad, la cual nunca estará completa en un mismo periodo de tiempo, y que, a su vez, esta no solo comprende la ruptura, divergencia y/o división, sino que también, reconoce que todas ellas hacen parte del proceso de identidad, pues somos cuerpos sobredeterminados, es decir: construidos. En palabras de Foucault somos cuerpos totalmente impregnados por la historia.¹

¹ La arqueología del saber, “debe mostrar al cuerpo impregnado de la historia, y a la historia como destructor del cuerpo” (Foucault; 1978: 15).





ESPEJO/TALLO

El cuerpo, una carcasa que contiene a mi alma pero que no es suficiente para representarla; sólo la ata, la impide, la doblega, la entristece.

Llegar a estar en unidad con este cuerpo ha suscitado una gran batalla conmigo misma. ¿Es posible llamarlo “mi cuerpo” cuando no me siento identificada con él?, ¿cuándo me veo frente a un espejo y no me reconozco, pues su imagen no me refleja a mí misma?

Cambiar. Primer verbo que llega a mi mente y a pesar de todo, el cambio ha estado presente en mi existencia, sin duda, es lo que vivimos los seres humanos muchas veces de manera inconsciente, sin embargo, esta modificación o reforma a través de una costumbre, una rutina, una vestimenta es más sencillo que el deseo de cambiar unas manos, unos hombros, unas caderas, un pecho o hasta

los mismos genitales. Posibilidades e imposibilidades de la transformación, todo ello solo para poder reconocer al menos por partes, aquel reflejo ilusorio del espejo.

Es a través de este cuerpo y de estos intentos de autorreconocimiento en los que sólo llega a mí el cuestionamiento ¿Quién soy?, pregunta que retumba en mi cabeza y que como si fuera un eco, se repite una y otra y otra vez cada noche, en donde el insomnio me rapta y en donde solo puedo sentir las caricias cálidas en mi rostro, producto de las lágrimas que salan mis mejillas día tras día y cuyas marcas al amanecer son bifurcados caminos de tonos blanquecinos junto a unos ojos cansados y un rostro anémico, y a la que entre desconuelos logre un día responderme con desconcierto y aturdimiento: soy Dani.

El autorreconocimiento, ciertamente, sólo lo abordan los valerosos, porque es profundamente doloroso y medroso, es por ello que muchos prefieren la ignorancia de sí mismos y el contento de su propia ilusión.

Reconocerme como Dani ha engendrado en mí el deseo de conocerme y percibirme desde otra posición y sobre todo entender que Dani no es lo único que puedo ser.

El miedo ha atormentado mi existencia, me ha hecho estar alerta a todos los estímulos que entre sí me conectan; tal poder ha tenido el miedo que me ha hecho temer de mí misma y ha querido reducir y extraviarme de quien he podido llegar a ser, tanto así que aprendí y afiné una de las cualidades que más tiempo ha retenido mi cuerpo y alma: escapar de mí misma, desconectarme de mi carcasa y ánima cuando el miedo entra en mi mente y se convierte en un “no eres suficiente”, el que se acompaña de diferentes adjetivos: no eres lo suficientemente mujer, linda, masculina, inteligente, talentosa, femenina, graciosa, hombre... Siendo estas solo unas de las innumerables formas que puede tomar. Sin embargo, que conveniente es mortificar la mente con la suficiencia, pues esta no distingue una exactitud de tiempo ni cantidad, nada esperando a ser una

simplicidad a la que nunca sabrás si lo estas logrando. Indudablemente, la suficiencia siempre estará supeditada por terceros, nos resulta más satisfactorio y fácil complacer a los demás para que nos encuentren suficientes que serlo para nosotros mismos, pero, ¿Qué es la suficiencia?, ¿en qué se basa y sobre que se rige?, ¿cuándo nos reconocemos como suficientes? De llegar a creerlo, ¿Lo estamos siendo? o es solo el conformismo engañando la mente.

Este deseo de idoneidad sugiere un cambio constante por alcanzar la mejor versión de mí misma, a veces interminable y agotadora, aún más cuando el deseo supera las posibilidades, es como arrastrar herropeas² ancladas a cada uno de mis pies, cada avance exige un mayor esfuerzo haciéndolo más lento, más corto, más complejo. Sumado a esto, y aunque desearía que estos trabajosos cambios solo me pertenecieran a mí, que yo fuera la única que tuviese que lidiar con el dolor y la frustración, pero no es

² Grillete que se pone en los pies a los presos

así, cada transformación que genero en mí, distorsiona la realidad de todos, el trato y su relación conmigo; renunciar a los cánones y estereotipos que se me han impuesto, reconocer y reconectarme con mi femineidad esa parte de mí que yo misma mantengo cautiva en una esquina solloza y doliente, y a la que solo volteo a ver para aprehenderla por un acto, un comportamiento, un gusto... lallego a orillar hasta que ese pequeño rincón la asfixia.

Emancipar mi femineidad ha sido como salir de escena, olvidar diálogos, comportamientos, apariencias, simplemente abandonar un disfraz y permitirme por primera vez sentirme libre siendo yo misma. Evidentemente enunciar me como mujer es una cosa muy distinta a ser reconocida como una. La invalidación me precede; se me invalida por una voz, una forma, un vello, una característica, un nombre; me cuesta acostumbrarme por otro lado, al miedo que persiste en mí cuando debo salir sola y caminar por las calles encontrándome

con miradas de desaprobación, mofas y algunas otras de apodyopsis³, pues mi cuerpo se ha convertido en una fiesta que alimenta el morbo y se desecha o elimina cuando este deja ser de provecho; del otro lado, dedos apuntándome entre los ojos dispuestos a disparar en cualquier momento. Todo ello me hace cuestionar el sacrificio que me ha llevado estar en el punto en donde me hallo y preguntándome: ¿cuánto más me falta?, como si se tratase de un libro al que con ansiedad reviso una y otra vez el número de la página final.

³ Se refiere al hecho de ver a alguien que nos atrae física y sexualmente e imaginárnosla en ropa interior o completamente desnuda.





DOLOR/ HIPANTIO

El miedo ha amedrentado mi vida, es el primero que cuestiona mis decisiones y el que me ha hecho retroceder dos pasos cuando he avanzado uno, es el que ha colmado mi alma y ha estado cerca de pudrir, haciéndome sentir insuficiente por mis desprovistos intentos de complacer.

No pertenezco a esta realidad, no me hallo, no me acoplo. Las etiquetas me quedan cortas y otras muchas me quedan grandes. La sociedad tiene ese sinsabor de mediocridad, infelicidad que se ha estado impregnando en mí. Sujetos que solo se preocupan por alimentar los deseos del cuerpo, mientras yo me lamento y esfuerzo por satisfacer los deseos de mi alma, que se halla tan incomprendida a veces hasta por mí mismo cuerpo.

He intentado ahogar muchos sentimientos y emociones a lo largo de mi existencia,

sin embargo, lo único que he logrado ha sido marchitarme cada día más, pues no existe un final indulgente para una flor con exceso de agua. Y es que estoy dolida de ser la rosa que embelesa por un instante, que se desea y que se quiere, pero no se ama... es aquí donde me cuestiono, ¿En dónde recae el valor de una rosa?

El dolor muchas veces se relaciona con las lágrimas, es por ello que las percibimos como melancólicas y aunque yo misma las veía de tal forma, dolorosas llenas de desconcierto e incertidumbre, creía que esas pequeñas gotas saladas solo sedimentaban el miedo en mis adentros, pero en realidad me han forjado y me han hecho crecer.

Después de esas grandes lluvias, aquella agua salada que brotaba de la fuente de mis más profundos deseos, estaba cubriendo mi cuerpo, llegando hasta mis oídos y yo solo podía alzar mi rostro para seguir en la superficie; mientras mi llanto subía cada vez más aquella marea, la que estaría por consumirme, ansiosa de hacerlo, aprendí

a nadar antes que dejar siquiera ahogarme.

Al final, esas lágrimas que me hacían vulnerable, se transformaron en mi mayor escudo las cuales me han moldeado, ellas ablandaron los cimientos que me mantenían sujeta e inmóvil, haciendo más fácil transitar, pues me hicieron crecer, florecer y ocupar mi propio espacio, ese que temía ocupar.





EL MALIGNO/ PEDÚNCULO

No puedo culpar al otro del temor que sobre mí se tiene, pues, hasta yo misma estaría pávida ante un cuerpo cuyas formas están cubiertas de espinas, que brotan de la misma identidad de la que están construidas.

Anhelaría poseer una cubierta más apacible, pero es de mi decepción admitir que aquel temor me hace desconfiar de mí y son sólo esas espinas, las que me proporcionan abrigo... Por esa razón, amo con desmesura a quienes, aún sintiendo aquel cúmulo de espinas, permanecen para conocer cada una, cada parte de mi ser y están presentes ante las vicisitudes de mi existencia, sólo entonces siento que la propiedad de mis espinas se dismantela, despojando de ellas algunas partes y permitiéndolas florecer; sin embargo, una inmensa amargura me abarca cuando la decepción cubre aquellos pétalos, pues solo entonces retomo mi vulnerabilidad

sintiéndome tan indefensa, tan frágil, queriendo retomar aquellas espinas que con tal esfuerzo me permitieron florecer.

Mi razón es la real maligna, pues ella es la que con desprovisto ingenio llega a pensar en tragedias para con mi ser y existencia, me percibo tan débil cuando de domar esos pensamientos se trata, pues he de reconocer que son más fuertes que yo y más perversos que mi propio ser.

Tal vez sí, soy el maligno, pues solo en la oscuridad de la noche es donde me siento cómodo y seguro para salir, dejándome sentir todo lo que en el día no es posible y aunque me he esforzado por dismantelar la imagen que con tal agravio se me ha atribuido, este eternamente ha estado impregnado en toda superficie conocida, haciéndome recordar el ser malicioso que solía ser, pues, no importa cuánto amor desate un demonio, este siempre será conocido por su apariencia más que por su esencia.

Quizá me guste ser el maligno, pues que

se ha de esperar de tal ser, sobre aquel no hay expectativas, sobre él no hay creencias o exigencias, ayuda o siquiera un perdón, pues al final, mi valor no recae en aquella flor que con tan fino color embelesa al otro, sino en aquellas espinas que con premura protegen la flor.

Aquel que despoja de la rosa sus espinas es tomado por correcto, pero aquel que la maltrata o despétala es un ruin, un despiadado; sigo sin entender los criterios de esta moral.

MUJER/OVARIO

Enunciarse como mujer supone una infinidad de preceptos culturales y sometimientos respecto a lo que culturalmente significa ser mujer.

Muchas de estas nociones de mujer, provienen de las particularidades de su anatomía, y a su vez, de los comportamientos culturales que encapsulan su representación y cualidad de sujeto. Judith Butler pregunta: ¿ser mujer es un hecho natural o una actuación cultural?, pues la categoría de mujer se determina bajo una sola lectura de sujeto a través de la intimidación, limitación, prohibición, reglamentación y protección en donde la representación del sujeto del feminismo pierde sentido.

“No se nace mujer, se llega a serlo”. Con esta frase la autora declara que llegar a ser mujer se consolida bajo una obligación cultural, pues es bajo esta premisa que

socialmente se espera del sujeto mujer que sean sensibles, expresivas, emotivas, dependientes, tiernas, conformistas, intuitivas, pasivas y emocionalmente interesadas de manera “natural” en la crianza de los niños y la gestación.

Es aquí donde nos encontramos con el cuestionamiento de ¿soy yo una mujer? Pues la carencia de alguna de las diferentes categorías o comportamientos esperados del sujeto femenino revela su valor y reconocimiento que, por otro lado, resulta paradójico, pues la carencia de femineidad es inadmisibles y por otro lado la presencia de la misma puede convertirse en algo peyorativo.

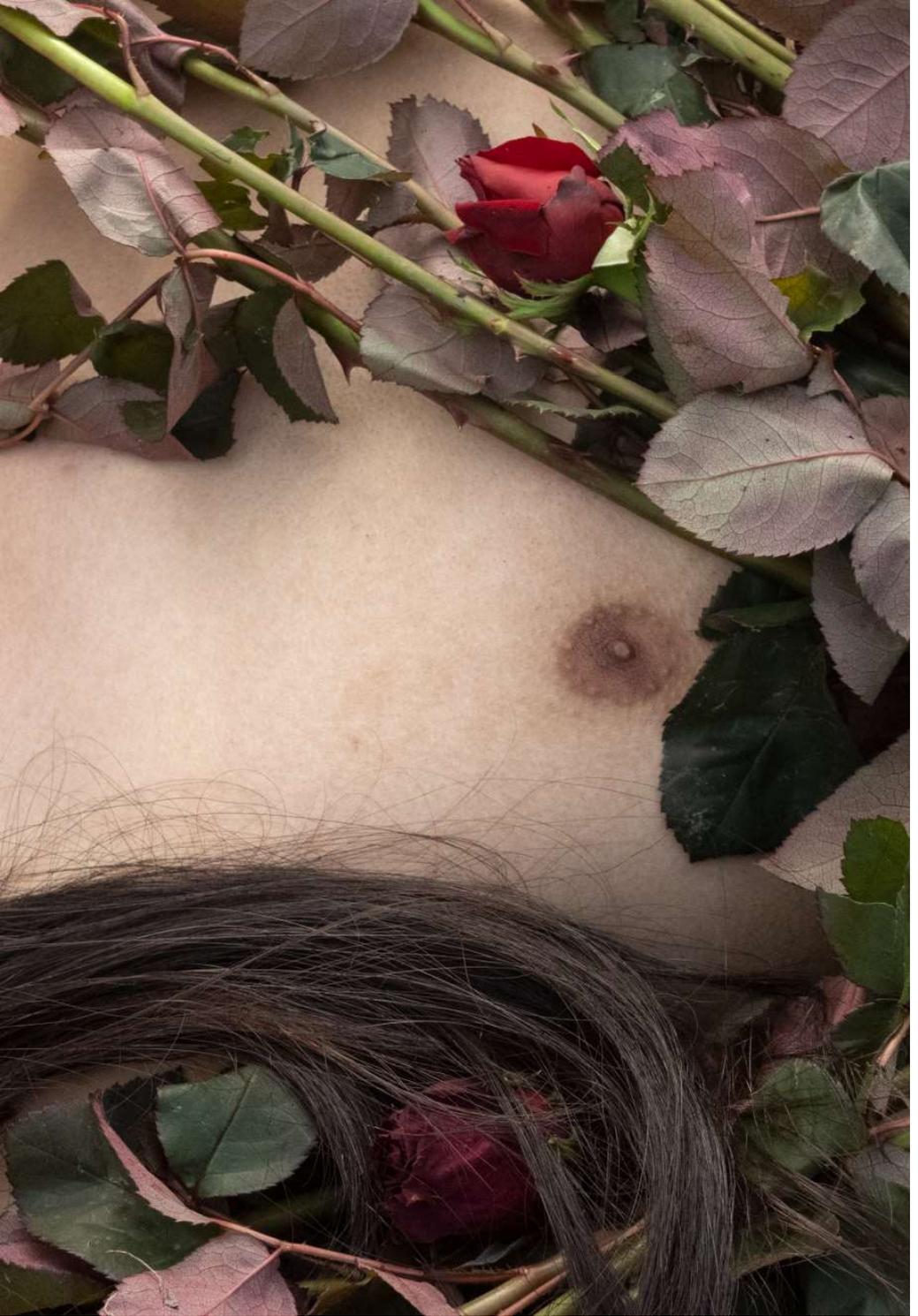
No cabe duda que estas estipulaciones de cuerpo/vida son violentas, pero también, encasillan al sujeto en sus posibilidades de ser y de existir. Mucho de ello recae en que el patriarcado siempre ha querido hacer ver la subyugación de género como algo sintomático o algo normal inherente a los sujetos, llegando

a colonizar aspectos sobre otros cuerpos.

El replanteamiento del concepto mujer es imperativo, no somos el envase que debe ser llenado con exigencias patriarcales, somos los cuerpos que se asumen a sí mismos libres de adoctrinamientos culturales. En palabras de Irigaray “no somos la carencia del otro que inherente y negativamente define al sujeto en su masculinidad”.⁴ Somos y seguimos el ejemplo de la primera mujer, Lilith, que se enfrentó y opuso a los sometimientos del hombre.

⁴ Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno* (Vol. 57). Ediciones Akal.





PROTECCIÓN/ ESPINA

Es de mi saber que todo aquel que observa a lo lejos la planta de la rosa y solo ve aquella maraña de espinas, le teme o simplemente le aburre tratar de encontrar su centro o admirar las flores que con tal finura allí reposan. Llego a pensar, que si de mi esencia fuera no poseer espinas, tal vez, del interés popular, mi ser sería, y con más grata admiración se me trataría, pero lamentablemente en eso no se basa mi naturaleza.

Aquel que se detiene y admira la espesura de aquellos tallos retorcidos, anudados y amontonados, reconocería que de espinas no es toda su constitución y que solo aquellos pocos valientes que comprenden la sublime singularidad de su composición, quedarán excelsos ante la delicadeza que mantiene la flor.

La espina es parte fundamental de la

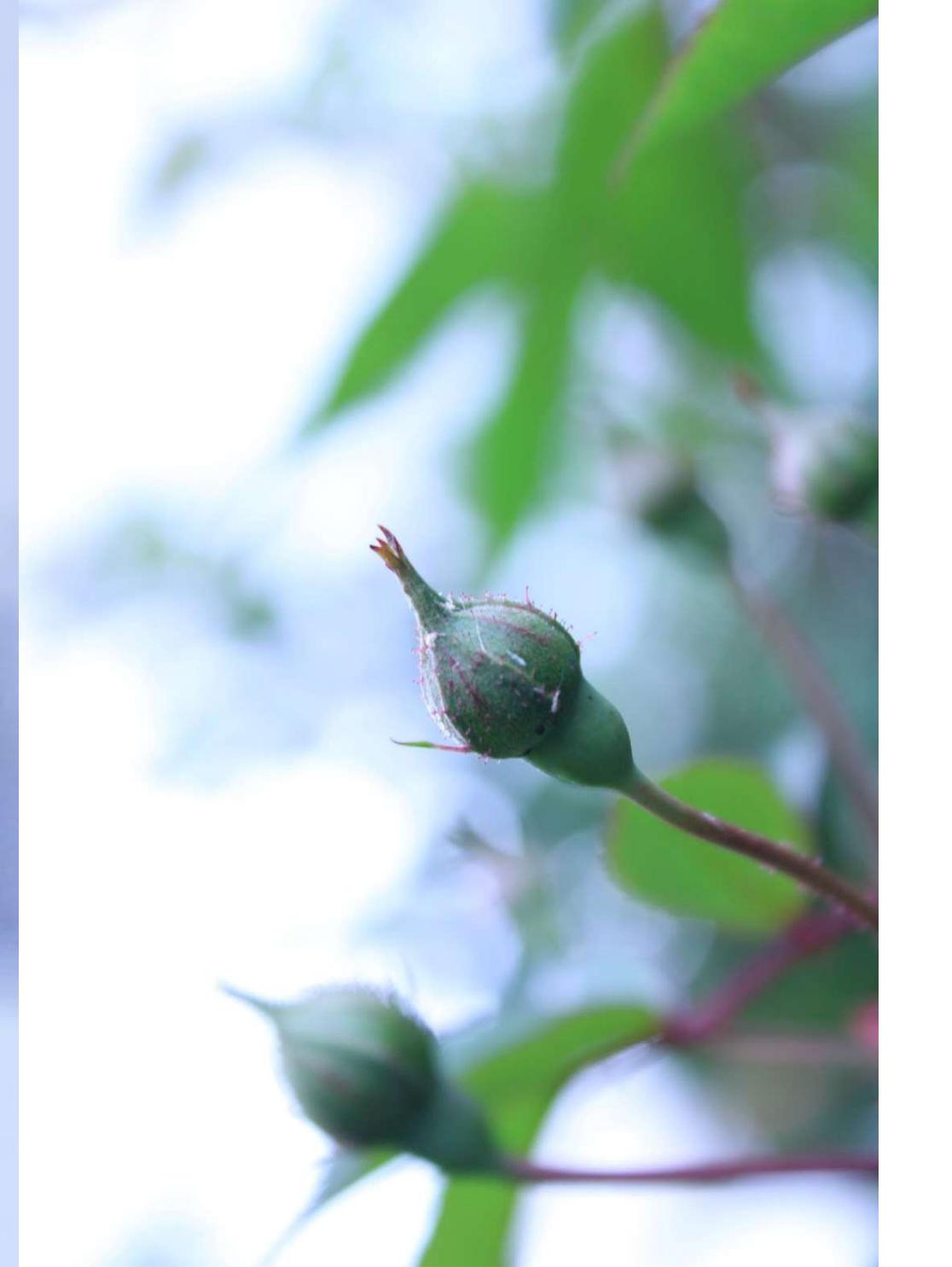
morfología de la rosa. Sin dicha forma picuda que cubre por partes cada tallo, no sería posible si quiera pensar en algún florecimiento, pues es propio de la rosa sentirse segura, de no estarlo, se ha de olvidar que brote aquella figura, cuya compostura se manifiesta en más de treinta piezas sutiles y tersas que revelan el más bello tono carmesí.

Tuve que saber abrazar todas mis espinas, esas cargadas por el miedo, el dolor, el remordimiento y otras muchas cargadas de sufrimiento y aunque tardé en poder concebirlo, reconocí que de no hacerlo no iba a poder evolucionar y me quedaría estática en aquel capullo que me mantendría cautiva. Logré estrechar aquellos sentimientos contenidos por aquella espina para verla ya no desde el dolor, sino desde otro lado, comprendiendo que no es esporádica su defensa, ahora sabiendo la vulnerabilidad que protege.

Aquellos tallos espinosos que hicieron enraizamiento dentro de lo más profundo

de mi corazón, se nutren con mis miedos y sentimientos, creciendo y multiplicando su estructura para hacerme sentir protegida, que ya no era de mi necesidad otra cosa más, para sobrevivir en tan caótica realidad, permitiéndome abrir los sépalos que me mantenían oculta, liberando toda carga que se me impuso, y creando mi propia realidad, excediendo las posibilidades de mi cuerpo y emancipando por fin la delicadeza y ternura que es tan propia de mi esencia, mi femineidad.





DANI/ CAPULLO

Construirme y aceptarme ha establecido un desafío no solo a nivel social, sino también, personal y emocional; por muchos años mantuve escondida una parte de mí que constituía mi esencia, como el capullo que resguarda la rosa y al igual que ella, comprendo que debo cambiar desde dentro para así poder emerger.

Esa envoltura, que como saco amniótico me mantiene creciente, me protege de todo agente externo, pero también, lo hace de mis propios miedos, que tarde o temprano producirán dolor, el miedo de no ser quien quiero y el dolor de no llegar a ser como deseo, el miedo a no ser aceptada, respetada y el dolor de la soledad y la muerte.

En el momento en el que me propuse florecer, en el que ese capullo comenzó a separar sus sépalos, emergió una nueva Dani, con nuevos deseos, miedos,

aspiraciones, dolores, pero, aun así, una flor más real consigo misma y su entorno, en busca de una felicidad propia y también una comodidad entre ser y cuerpo.

Dicho florecimiento me ha hecho ser consciente de mi propio cuerpo y emerger en mí deseos que había ignorado por mucho tiempo y que brotaron con mucha más fuerza, no cabe duda que un cuerpo no es lo único que me puede representar. Soy Dani, soy emociones, soy gustos, soy sujeto, soy ilusiones, anhelos y también, soy sentimientos. No soy sólo una rosa sino cada parte de ella.

Soy Dani, un cuerpo ambivalente, irreconocible, indescifrable, indubitable, indiscutible; asignada con un sexo y unos privilegios al nacer y a los que yo misma renuncié por conseguir mi felicidad.

Abrir mi capullo me hace temer del otro, ese carente de moral, de principios, pero, aquel con carencia de empatía simplemente me horroriza, me da miedo salir, soy capaz

de imaginar en todo momento que podré morir. Los hombres me aterrorizan, pues con ellos el simple hecho de existir ya es una sentencia, trato de pasar desapercibida para ellos e intercambiar el menor número de palabras, pues mi voz se ha convertido en uno de mis mayores detonantes de disforia. La voz me delata y es la que hace que una persona amable se transforme en un ser hostil e insolente, me entristece y frustra tener que fingir una voz que no me pertenece para poder ser reconocida y tratada con respeto. La feminidad que internamente me liberó ahora me somete.

El nombre que me dieron al nacer lo hallé ajeno, no me pertenece, no me identifica, cuando lo mencionan para referirse a mí, pienso que hablan de alguien más, es una bilocación de mi propio cuerpo y de mi propia realidad, es lo que deviene la trascendencia de una identidad.

Aunque no he llegado a la etapa final de mi florecimiento me siento orgullosa de la persona en la que me estoy convirtiendo,

aún y cuando voy más lento de lo que deseo, sin embargo, estos han sido los tiempos de mis procesos a lo largo de mi vida, tengo claro que no descansaré hasta estar cómoda en mi propia piel, al final de cuentas la paciencia siempre ha sido mi mayor virtud.

SOCIEDAD / ESTIGMA

Enunciarme como mujer promueve un conjunto de imposiciones para con mi imagen, contexto y sexualidad. La sociedad ha mantenido unos estereotipos, cánones y roles arraigados hacia la mujer, pero más hacia la feminidad, haciendo que bajo estas exigencias se me invalide e inevitablemente, está siempre me va a preceder. A raíz de ello, la heterosexualidad siempre se ha puesto por encima de todo y de todos, haciéndome pequeña, un cuerpo del cual pueden opinar, someter y juzgar, como si su aceptación fuese mi única aspiración y un cuerpo hiper feminizado mi mayor propósito.

Tengo claro que el prefijo Trans no me identifica, pero sí me representa, y es que precisamente bajo esta misma premisa es que se me violenta, pues la feminidad deja de comprenderse como esencia para regirse por estándares estéticos, así, mi

anatomía para los ojos ajenos se convierte en un misterio en el que aparentemente todos desean ser Sherlock Holmes con sus métodos científicos y de observación, aunque, llevados más por su risible y pobre deducción. El Cispassing⁵ como norma, como el molde de cuerpo “femenino”, en el que debo encajar a la perfección, la casi nula apariencia de masculinidad en el cuerpo ejerce una mayor aceptación y respeto. La sociedad desea incluso más nuestra apariencia hegemónica femenina que nosotras mismas; dicha norma se ha convertido en la regla que mide mi valor, y a su vez, mi reconocimiento de cuerpo y realidad, mis características y mis formas son resaltadas como aspectos negativos de lo que se espera de una mujer desde la corporalidad física, biológica y hasta religiosa, cada una de estas categorías siempre se van a quedar limitadas en la descripción y definición de mujer. Ser mujer no es sinónimo de feminidad y a su vez, no existe una sola forma de serlo, no

5 “Pasar” por una persona cis, es decir, que la expresión de género y la corporalidad empatan con los estándares de lo masculino o femenino.

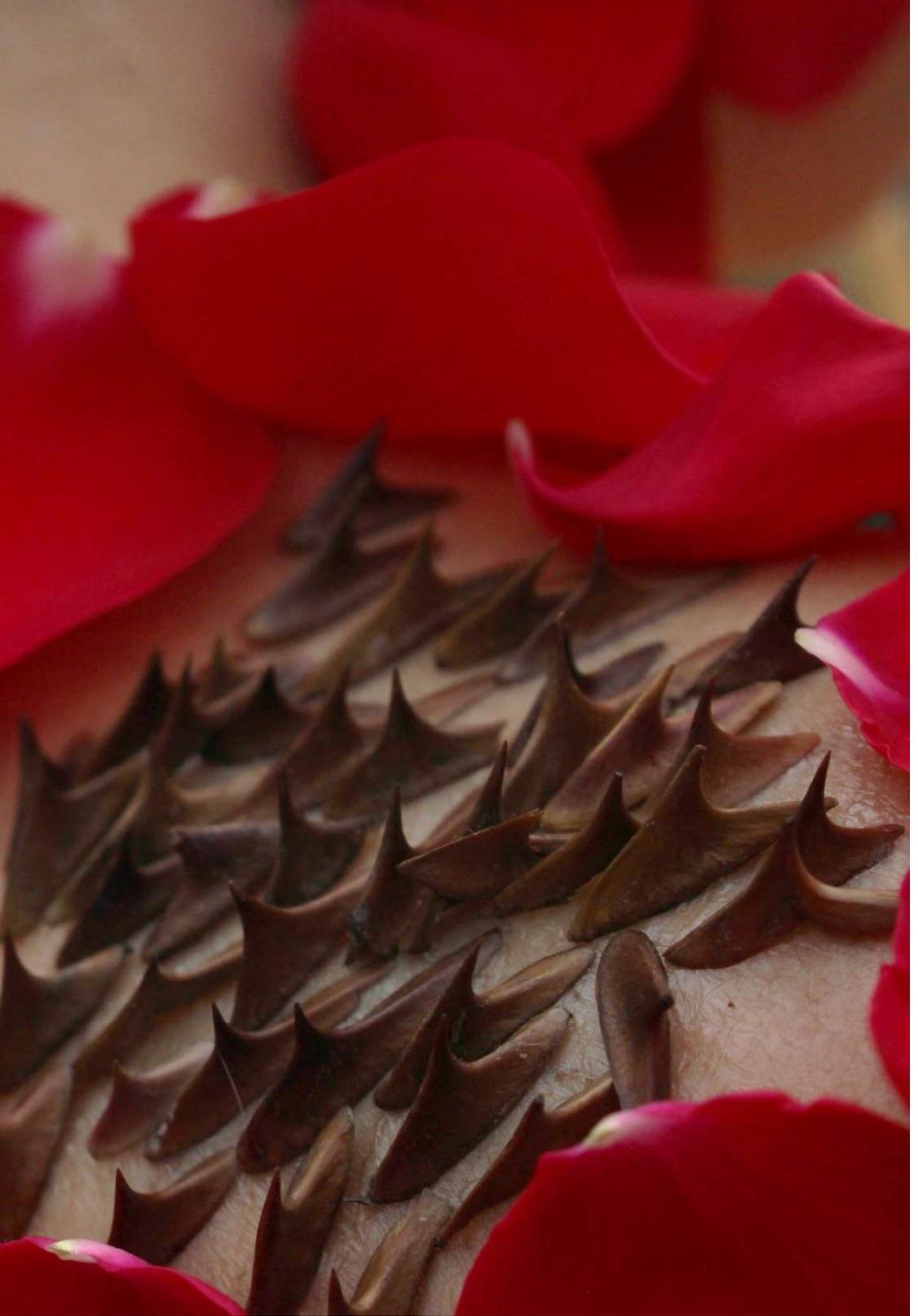
tiene que ver con cromosomas, hormonas o genitales, ser mujer trasciende el cuerpo, es una complejidad que no busca ser definida.⁶

Recuerdo un día en el transporte público en el que un hombre frente a mí decidió examinar y tratar de observar cada parte de mi cuerpo -sin reparación o moderación alguna- durante las dos horas que duró el trayecto; fue tanto su asedio que llegué a sentir que veía bajo mi ropa, mantuve mi maleta sobre mi pecho, pero él nunca desaprovechó oportunidad para ver qué se hallaba tras ella cuando el bus la movía, si mi maleta se movía hacia la derecha, él inmediatamente se contorsionaba hacia la izquierda por ver lo que allí se “escondía”, no fue suficiente para él que poco después inició a bajar la mirada y su cuerpo con ella, para ver mi entrepierna, nunca me sentí tan humillada, el bus estaba tan lleno que no podía moverme, y de mi boca no pudo salir palabra alguna. Más allá del agravio, es llegar a comprender mi posición y la sociedad, que sin reparo alguno me trata como objeto

⁶ Judith Butler, *Género En Disputa*, 1990, Paidós.

en vitrina, atribuyéndose derechos sobre mí y el temor de contraponerme, una flor enfrentada al hombre... una flor a merced del mismo, mi estado de vulnerabilidad me perturba y desilusiona, soy una frente a cien cuerpos. Temo ser hostigada, abusada, pero sobre todo asesinada, en mí existe el miedo constante de no volver a casa, de que en cualquier esquina permanezca mi posible homicida, ser como muchas de mis hermanas, el simple desquite de un trastornado y ser defendido por regir mi propia realidad de cuerpo y el deber de mantenerme sumisa ante los agravios. El peor día, la peor situación, mi realidad.





MORBO/ SÉPALO

Mi realidad se ha reducido a un cuerpo, a una fisionomía a la que algunos le ven provecho, pues el morbo no existe simplemente a través de la sexualización. El morbo trasciende y trastoca cada parte de mi cuerpo y vida, los cuestionamientos que hacen frente a mi cuerpo debo responderlas imperativamente como si fuera mi deber y un derecho más el de ellos saberlos.

¿Si eres mujer por qué no tienes senos?, ¿todavía tienes pene?, ¿qué es lo que primero te vas a operar?, ¿qué ropa interior usas?, e infinidad de preguntas similares, que pretenden estar normalizadas.

Por otro lado, para algunos hombres soy el secreto, “un gusto culposo”, como si el desearnos o llegar a amarnos fuera algo indigno. Sus miradas sobre nosotras se posan en un cuerpo satisfactorio, del que pueden sacar provecho y usar a merced, pues, ¿a

qué más podemos aspirar? lo que en gritos declaran y lo que en gritos espera mi mente, junto con todas las otras imposibilidades.

Somos personas valientes para personas valientes, no cambiamos y nos enfrentamos al mundo día a día para seguir estando escondidas por alguien. A lo largo de mi vida y desde que tengo memoria, he sido víctima del morbo y la sexualización, en donde no soy sujeto porque soy fetiche de la representación, nunca podré “ser” porque soy lo excluido, el otro, lo ajeno.⁷

Siempre he lidiado con los “me gustas, pero ..., me gustarías más si tuvieras senos, ¿si te pago una vaginoplastia te la harías?, si te quitas el pene pierdes el chiste, me gustan menos femeninos, te veías mejor antes”. No existe nada más salvaje que un hombre con deseo. El morbo y fetichismo de la sociedad es lo que como sépalos les va a impedir siempre ver la parte más bella y vulnerable del ser: su esencia.

⁷ Luce Irigaray, 1985, *Ese Sexo Que No Es Uno*, Madrid, Saltes.

BIOLOGÍA/ ESTAMBRE

La anatomía es el lugar en el que recae todo discurso biológico y es precisamente por esa razón que la idea de cuerpo permanece limitada y dividida; puesto que la disociación de sujetos genera un sin fin de estereotipos anatómicos atribuidos indiscriminadamente a cuerpos preestablecidos socialmente, por consiguiente exceptúa las distintas identidades y posibilidades de cuerpo que salen de esos cánones instaurados y ofusca el hecho de que el mismo cuerpo tanto genética como biológicamente la trasciende.

En este punto es clara la consigna que la construcción social del cuerpo es cultural y que a su vez está directamente relacionado con la biología de acuerdo al entorno, pero sin determinarlo. Así pues, llegamos al reconocimiento que todo cuerpo está constituido de lo mismo, pero, en proporciones distintas. Es bajo esta

noción que no resulta correcto asumir que todo cuerpo masculino reconoce todas las características que cultural, social y biológicamente se le han atribuido, pues así, como existen variaciones en la apariencia y genes de acuerdo a su ubicación geográfica se resaltan o carecen los distintos genotipos y fenotipos en el cuerpo.

También es preciso resaltar que todos poseemos no solo nuestro propio cuerpo, sino que a su vez una idea del mismo, una concepción casi imaginaria que se ha incorporado desde temprana edad y que precisa la idea de cuerpo/anatomía, pues lo que conforma la noción de cuerpo es una simbolización socio histórica característica de cada grupo, es decir que hay un cuerpo griego, un cuerpo indio, un cuerpo occidental moderno y estos no serán idénticos y mucho menos estables.⁸

Dentro de estas trascendencias biológicas que genera el cuerpo, Foucault trae a colación a Herculine Barbin, una

⁸ Vigarello, 1982.

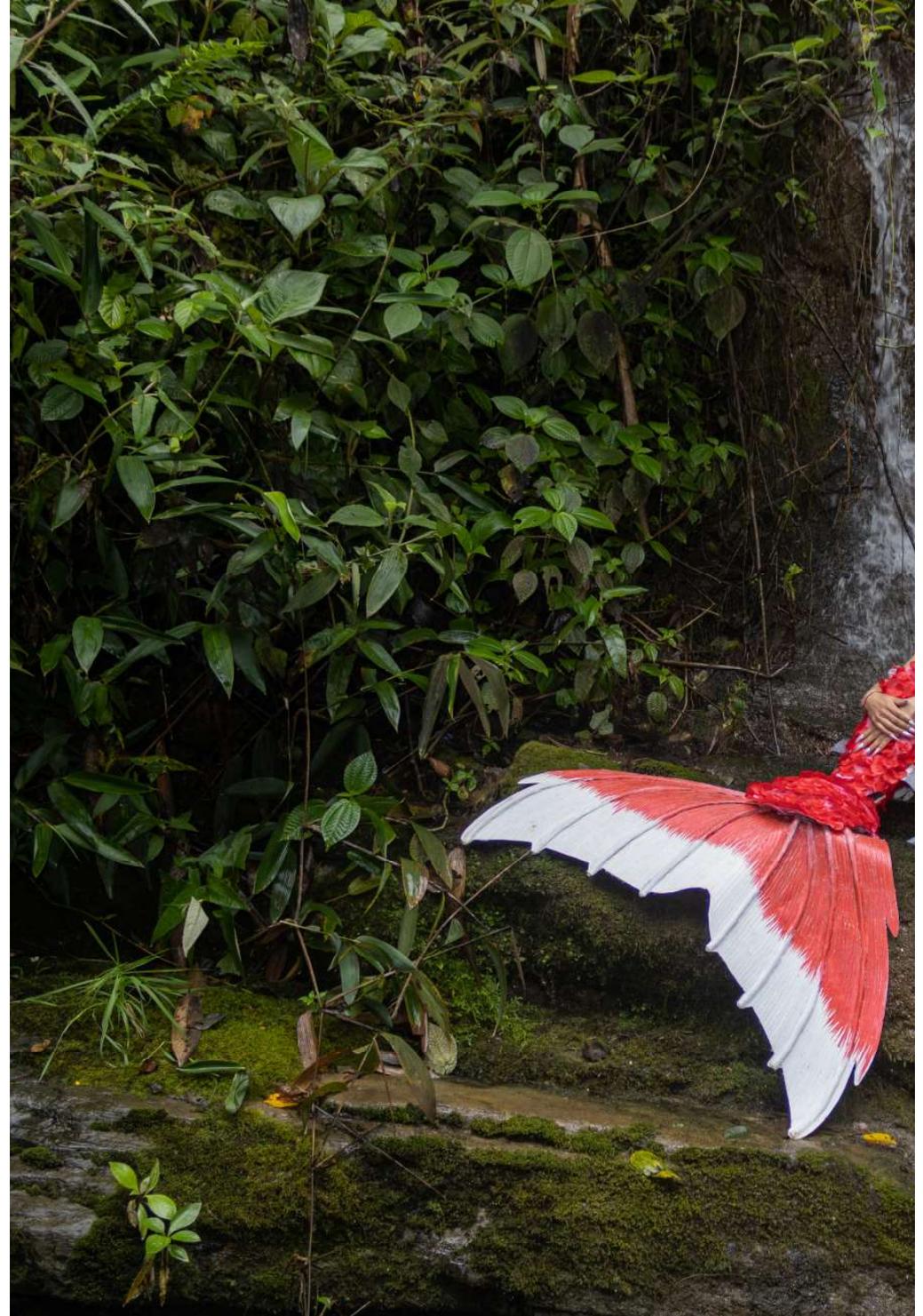
persona intersexual,⁹ el cual se pronuncia exponiendo que Barbin no es una identidad, sino una imposibilidad de la misma, más allá de este anuncio.

Herculine es el claro caso que la biología no es exacta ni determinante, ya que, los medios que usan los sujetos para invalidar los cuerpos e identidades se dan a través de los cromosomas, genes y hormonas, las cuales forman y/o transforman el cuerpo, la intersexualidad no solo se genera a través de genitales ambiguos, sino que también, se relaciona de manera directa con las anteriores estructuras biológicas, pues estas conforman y configuran la apariencia del cuerpo.

A partir de ello podemos escudriñar que el cuerpo no es determinante ni nos encapsula en una sola identidad, las características y anatomías del mismo, siempre serán ambiguas y nunca serán determinantes ni exactas dentro de los binarismos instaurados socialmente. El cuerpo

9 Foucault, M. (2013). Herculine barbin. Vintage.

tanto anatómica como biológicamente,
siempre será ambiguo, cambiante,
híbrido, flexible y también, efímero.





PÉTALOS/ SIRENA

Este proceso sin duda ha sido una pared gruesa y dura de atravesar, la cual convertí en veladura para que pudieran entrever mis más profundos deseos y temores, pero también mi mayor transformación y más importante florecimiento.

Soy la herida y el dolor hecha conquista, transformé una a una las espinas en un suave y delicado pétalo, con los que me fui vistiendo y construyendo un cuerpo que me permitió fluir por las mareas del miedo, pues, reconocí esas aguas como una parte de mí y me adapté a ellas, transformándome en la criatura que las habita.

Me mantuve en la sombra como toda quimera ajena a la realidad y al entendimiento de los seres, pues mi existencia y cuerpo me pertenecen sólo a mí y me he determinado a crearme y reinventarme, pues no

debo explicaciones, sustentos o permisos para ser mi mejor versión.

El cuerpo ha sido el comienzo y el final de este trayecto, y aunque por un largo tiempo mi espíritu y cuerpo se mantuvieron en disputa, logré entender que la suficiencia no es un lugar que debo habitar, sino un espacio que debo construir según mis anhelos y deseos, cuando veo hacia atrás puedo reconocer que me he permitido disfrutar en cada etapa, en cada parte de esta morfología y así seguirá siendo.

No cabe duda de que este no va a ser mi único florecimiento, pues me prometí que de volver al capullo sería estrictamente para evolucionar cada parte de mí, crecer, y por qué no, multiplicar las posibilidades del ser. Ir de un lado a otro me ha hecho conocer mis capacidades y habilidades, pero, sobre todo, mis límites y reconocer que muchos de ellos los he creado.

Mi entorno se fue cubriendo de terciopelo, extendiéndose por cada espacio, haciendo

que hasta la superficie más desolada se tintara de un verde limón profundo, avivado por las gotas provenientes de mi dolor, haciendo de mi realidad un entorno seguro para emerger y florecer en cada parte de mi esencia, y sobre todo reconocer y aceptar mi morfología, así como también, mi existencia en cuerpo y alma.

El vestigio de aquellas lluvias cubre mis ahora impermeables pétalos, y aunque aquel rocío se pose imponente e inmóvil; tengo claro que son parte innata de mí y que llegará el dichoso instante en el que desaparezcan por completo, dejándome libre una vez más.

Fragilidad escrita a través de la rosa.

CONCLUSIONES

A lo largo de este proceso de reflexión plástica quise evidenciar la transfiguración de un cuerpo físico por medio de la rosa. Esta transfiguración tiene la intención de distorsionar la mirada que se tiene frente a la identidad de género y frente algunos cuerpos divergentes. Dejando de lado la fisicalidad que tiende a sobreponerse a la identidad, se crea un imaginario de la flor en donde participan criaturas que a través de sentimientos, miedos y deseos logran identificar o desidentificar un cuerpo.

Junto con lo anterior uno de los propósitos de este proyecto ha sido el de reconocer a través de la creación plástica, que el valor de los sujetos no recae en el cuerpo y su apariencia, sino, en la esencia que los permite ser. En esta experiencia de vida se halla una esperanza de ser quien se desea, desde ámbitos físicos como culturales, reconociéndose y aceptándose desde ese

otro lado. Somos más que un cuerpo físico.

En las fotografías realizadas para este proyecto y los objetos instalativos que las acompañan, existe una transición poética de la identidad y de los procesos que llevaron a pensar en las imágenes como fragmentos simbólicos para la construcción de una identidad en florecimiento.

Solo siéndose fiel a sí misma
se halla el camino correcto.

BIBLIOGRAFÍA

- Butler, J. (2007). El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad. Paidós.
- De Beauvoir, S. (1981). El segundo sexo (1949). Buenos Aires: Siglo XX.
- Foucault, M. (1978: 15). La arqueología del saber.
- Foucault, M. (2013). Herculine barbin. Vintage
- Irigaray, L. (2009). Ese sexo que no es uno (Vol. 57). Ediciones Akal.
- Vigarello, 1982.
- Wittig, M. (1981). One is not born a woman. Feminist issues, 1(2), 47-54.

